

Portoalegrinas (2)

Una charla con Santiago Carrillo y el Foro de Porto Alegre dibujan una izquierda para el siglo XXI



TONI COMÍN

Hará más o menos un año, pocas semanas después del II Foro Social Mundial, los amigos de Iniciativa per Catalunya celebraron una de sus asambleas y aprovecharon para invitar a una serie de jóvenes recién llegados de Porto Alegre a charlar sobre la relación entre el movimiento reglobalizador —ése que los medios llaman “antiglobalización”— y los partidos de izquierda que se identifican con él. El programa era doble: por la tarde se proyectaba un hermoso y sobrio documental sobre la manifestación de Génova, aquella en la que el joven italiano Carlo Giuliani murió de un disparo policial, y se debatía; por la noche había una cena más o menos reducida para seguir discutiendo el asunto. Santiago Carrillo, interesado por el hecho de que la fuerza política heredera del PSUC dedicara una asamblea a este tema, acudió a Barcelona y, medio por sorpresa, se sumó a la cena. La imagen, cuanto menos, era sugerente: la más representativa cara del “viejo” movimiento comunista en España compartiendo mesa con activistas del nuevo globalismo alternativo. Innegablemente, hay muchas cosas en común entre la izquierda que ha protagonizado el siglo XX y este movimiento que intenta dar rostro a la izquierda del siglo XXI: las dos surgen como reacción al capitalismo, ambas son internacionalistas. ¿Pero quién puede negar que la distancia es también muy grande? ¿Hasta qué punto sintonizaría Carrillo con los aires de Porto Alegre?

“Don Santiago” —por decirlo al modo de la prensa de Madrid— dejó a todos sorprendidos. Después de un certero análisis sobre las diferencias entre ambas izquierdas, se declaró ferviente partidario del nuevo movimiento político. Sin exagerar mucho, casi se podría decir que de todos los comensales era el que más abiertamente mostraba su optimismo sobre el futuro del mismo. Esta izquierda de ahora —vino a decir, como quien habla desde la experiencia— empieza con mucho mejor pie. Tres eran sus argumentos (y si no soy absolutamente exacto que me perdone y me corrija). Primero: la izquierda del siglo XX era una fuerza de clase, la clase trabajadora, mientras que ésta de ahora es un movimiento ciudadano, que apela a la humanidad entera. Segundo: el socialismo

y el comunismo del siglo XX eran de origen occidental, mientras que éste movimiento nace simultáneamente en todos los continentes, en varias civilizaciones a la vez, y se deja impregnar desde un buen inicio de códigos culturales diferentes. Tercero: la izquierda del siglo XX fue jerárquica y piramidal, desde el punto de vista organizativo (y sino que se lo cuenten a él); ésta de ahora nace en clave de red, es más democrática, más horizontal.

No sabemos si lo que está sucediendo ahora es comparable a lo que le sucedió al capitalismo del siglo XIX y XX, con su revolución industrial. Entonces, la reacción vino del mundo obrero, y de ahí nació el Estado del bienestar y, en general, la conciencia de que el Estado era el lugar desde el cual rectificar el capitalismo y garantizar los derechos sociales. Ahora, ante ese capitalismo nuevo que llamamos globalización, con su nueva revolución

**Hay en la izquierda que nace
una conciencia renovada
sobre el valor de
la sociedad civil organizada**

tecnológica, la informacionista, la reacción surge de una red ciudadana mundial. La “Internacional Humana”, como la llama Pedro Casaldáliga, nuestro obispo, ya casi más latinoamericano que catalán, de Sao Félix do Araguaia. De esta reacción debería nacer una suerte de Estado social mundial y —¿quién sabe?— quizás formas de producción económica lo suficientemente democráticas como para que nos atrevamos a llamarlas “poscapitalistas”.

Recién llego del III Foro Social Mundial, que en su tercera edición ha contado con más de cien mil participantes y se ha dejado contagiar a placer por la euforia de la victoria de Lula. Desde allí es fácil reconocer aquello como el caldo de cultivo en el que, efectivamente, se está gestando la “izquierda del siglo XXI”. Porque, no nos engañemos: mientras haya capitalismo habrá tensión entre la democracia y la economía, cuando no una contradicción insostenible; y mientras se dé esta contradicción existirá la izquierda. Desde Porto Alegre se confirman las características de esta nueva izquierda que explicaba Carrillo —éas que todos ya intuíamos, de una manera u otra— y se descubren algunas características más. La izquierda del

siglo XX buscaba la coherencia ideológica por medio de la pureza: una sola teoría tenía que dar cuenta de todos los problemas y todas las soluciones. La que se prefigura en Porto Alegre busca la coherencia por medio del mestizaje: muchísimas son las tradiciones ideológicas que allí se mezclan, y la mayoría de ellas hablan más desde la práctica que desde la teoría. Cristianos de la liberación, junto a socialdemócratas, budistas anticonsumistas junto a socialistas autogestionarios, pacifistas hindús junto a indigenistas latinoamericanos, feministas africanas junto a ecologistas norteamericanos. Todo construye allí una voz plural que no busca tanto el consenso como las sintonías y las sinergias.

Otra característica importante: hay en la izquierda que nace una conciencia renovada sobre el valor de la sociedad civil organizada y de los movimientos sociales. Una conciencia de que las reformas sociales fallan cuando se cree que son sólo cosa de los partidos y de los gobiernos, o que se hacen sólo desde las instituciones. Una conciencia de que sin el impulso y el protagonismo de los actores sociales organizados en favor de la justicia social, aunque sea cada uno en su campo, es muy difícil acometer un progreso social perdurable en el tiempo. La izquierda, por decirlo con una imagen, necesita dos piernas: la de las instituciones, a la que aspiran los partidos, y la de los movimientos sociales críticos. Para avanzar es necesario a la vez que cada pierna sea autónoma respecto de la otra, pero que se coordinen entre sí. Dicho sea de una manera un tanto poética, una pierna aporta la audacia programática y la creatividad ideológica, la otra la constancia y la solidez.

Nos decía Carrillo la noche de marras: “Mirad, yo guardo con un cariño inmenso mi carné de militante comunista. No iba a ser de otra forma. Pero, ahora mismo, con lo que me identifico es con este movimiento antiglobalización, que apenas acaba de empezar. Me recuerda un poco los años treinta, cuando en Europa se iniciaba un proceso para la izquierda que todos vivíamos con inmensa esperanza y que, mirado con perspectiva, ha dado frutos sociales y políticos inmensamente positivos. Pero lo de ahora dibuja un horizonte todavía mejor”. Dios le oiga, aunque, más o menos, sea ateo. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE